

NUESTRA BANDERA

REVISTA DE ORIENTACION
POLITICA, ECONOMICA Y CULTURAL

Madrid,

MARZO 1943

NUM 3

★ Editorial

JOSE DIAZ, EL HOMBRE POLITICO MAS GRANDE DE LA HISTORIA CONTEMPORANEA DE ESPAÑA

El 20 del actual hizo un año que murió en la Unión Soviética, víctima de cruel y prolongada enfermedad, adquirida en su lucha incansable por los intereses del pueblo, nuestro inolvidable jefe y maestro José Díaz.

Su muerte llenó de dolor, no sólo el corazón de los comunistas y de los proletarios, sino el de todo el pueblo español, pues José Díaz, líder esclarecido de la clase obrera, había alcanzado por sus extraordinarias cualidades, el más alto grado de dirigente nacional de las grandes masas progresivas de nuestra Patria.

Forjador y jefe del Partido Comunista de España, el guía político de la clase obrera, que él elevó a la categoría de fuerza de primer rango en la vida de la nación, José Díaz, discípulo eminente de Lenin y Stalin, fué en nuestro país el intérprete y realizador más inspirado de la teoría marxista-leninista, que supo aplicar con singular maestría a las diferentes condiciones y etapas de la vida española, en la ruta firme hacia la completa emancipación del pueblo.

Su preciosa vida la consagró por entero a la causa de las masas explotadas y oprimidas. Toda su portentosa capacidad, hasta la última de sus energías, siempre estuvieron al servicio incondicional de la defensa del pueblo en la lucha contra sus peores
25 enemigos.

José Díaz entró en la historia de España, como el hombre político más grande de 26 nuestro tiempo. La causa de ello reside en que, en la época de las batallas más encarnizadas y culminantes por la independencia nacional, por la libertad y la democracia, él demostró ser el guía más clarividente y genial, el que mejor comprendió la significación de los acontecimientos, quien con mayor certeza señaló al pueblo y a la nación el justo camino a seguir para hacer frente a la situación y oponerse a la esclavitud que querían imponerle sus verdugos. En estas jornadas transcendentales y decisivas de la vida contemporánea de España, José Díaz se mostró como el más formidable organizador de las fuerzas populares y patrióticas para el combate, quien con sus relevantes cualidades de conductor de masas, supo levantar el espíritu ardiente de la nación española hasta las más altas cumbres del heroísmo, canalizarlo hacia los espléndidos triunfos que han dejado imborrable huella en la historia de la humanidad.

Las grandes pruebas históricas de los pueblos, son el crisol donde se forjan y manifiestan los verdaderos valores y guías. En el fragor de estas gigantescas luchas, el combate eleva a las más altas cimas, consagrándolos como jefes permanentes e inmortales, a los hombres que demuestran estar a la altura de las circunstancias, que no son dominados ni arrastrados por los acontecimientos, sino que por el contrario saben imponerse a ellos, a la vez que descubre la mediocridad, la significación accidental de los dirigentes que, elevados en las etapas apacibles y tranquilas a las más altas esferas de la vida política, sin embargo no resistieron el primer soplo serio del vendaval.

José Díaz, que no se reveló de súbito en la vida española, sino que se forjó y desarrolló en la dura escuela de las diarias luchas de la clase obrera y del pueblo por su libertad, se consagró en la hora suprema de España como la figura más gigantesca de los tiempos modernos, y si su nombre queda esculpido en la historia de nuestra Patria con esta significación gloriosa, es porque él fué el paladín más encendido de la liberación nacional, el artífice sin par del combate patriótico contra los monstruos nazi-falangistas, que querían y quieren acabar con la existencia, la soberanía y la libertad de España.

La guerra desatada el 18 de Julio de 1936 por los traidores y seculares enemigos del pueblo español, colocó a nuestra nación en la encrucijada más difícil de su historia. El país quedó dividido, el aparato del Estado republicano desecho, toda la vida pública trastornada, mientras las hordas enemigas se lanzaban por todos los medios y caminos a consumir su criminal empresa contra los supremos intereses de España. En una situación tan tremendamente complicada, sólo los hombres profundamente capaces, valerosos e intrépidos, sólo los dirigentes y patriotas de verdadera talla, que gozan de la más profunda fe en el pueblo, que tienen plena confianza en la capacidad creadora de las masas, están en condiciones de afrontar con decisión las más tremendas pruebas, de poner en pie de lucha todas las energías nacionales y encender de ese modo la guerra sagrada del primero al último rincón de la patria. En esta hora crucial de España, cuando tantos valores relevantes del Estado republicano se desplomaban, o se movían de uno a otro lado llenos de pánico y confusión, sin saber abordar con resolución y entereza el grave instante histórico, José Díaz, al frente del Partido Comunista, se irguió como la gran figura popular y patriótica, como el gran jefe que incitaba y organizaba a las fuerzas del pueblo para la lucha más heroica y gloriosa, dispuesto a poner un dique humano a los insaciables apetitos de los eternos enemigos de nuestro país.

Desde el primer instante, José Díaz tremoló en sus firmes manos la bandera del combate por los bienes supremos de España, la independencia y la integridad nacio-

27 nal. y en su figura de jefe capaz y heroico, se sintetizaron los anhelos y las aspiraciones de los hombres más progresivos y patriotas. Desde la dirección de su glorioso Partido, fué el primer español en ver con completa claridad la verdadera naturaleza del conflicto histórico provocado por los enemigos del pueblo. Ya el 18 de Agosto de 1936, en un trascendental Manifiesto del Comité Central dirigido al país, decía:

"En los primeros momentos, la lucha pudo tener solamente el carácter de una lucha entre la democracia y el fascismo, entre la reacción y el progreso, entre el pasado y el porvenir; pero ya ha roto sus marcos para transformarse en una guerra santa, en una guerra de defensa de un pueblo que se siente traicionado, herido en sus más caras sentimientos: que ve su patria, su hogar el hogar donde reposan sus mayores, en peligro de ser desgarrado, arrasado, vendido al extranjero, la independencia nacional en peligro, y como en jornadas gloriosas de pasadas luchas defiende la integridad del país".

Esta firme idea sobre el auténtico carácter de la guerra que el pueblo se vió obligado a sostener por espacio de 32 meses, así como los deberes que la misma imponía a todos los buenos españoles, la inculcó José Díaz en todas las capas de la nación española, despertando en ellas el heroísmo y la decisión necesarias para hacer frente con la mayor entereza a las más ingentes pruebas y dificultades. José Díaz llevó a la mente de la clase obrera, de los campesinos, a la democracia española, la idea de que sus intereses peculiares se fundían en el momento decisivo que vivían con los sublimes intereses de la salvación nacional, y que únicamente el triunfo pleno de la independencia del país aseguraría firmemente la realización de todas las más nobles aspiraciones de progreso y bienestar de los hijos de nuestra Patria.

En los momentos más difíciles, su esfuerzo titánico no desmayó un sola instante. Frente a los cobardes y los pusilánimes, los que no veían nunca otra salida que la capitulación y la derrota, la voz de José Díaz se alzó implacable por todos los ámbitos de España, llamando al pueblo al firme combate, a superar y salvaguardar con ello los bienes supremos en peligro. El recalaba una y otra vez que únicamente la lucha intransigente, vigorosa, hasta el fin, en los términos más heroicos en que ésta fuese emplazada, era la respuesta digna que exigía el trance a que el pueblo español había sido abocado. Su palabra animosa, su orientación firme y clara, no faltaba nunca a los hombres que iban a ofrendar la vida en holocausto de España. Así, el 2 de Septiembre de 1936, en el discurso que pronunció en el Cuartel de la Montaña a sus paisanos de Andalucía que partían hacia las líneas de fuego, decía:

"En esta hora todos somos hermanos. Que nadie llore cuando sepa la suerte de los suyos. Que sienta, por el contrario, coraje para vengarlos. No es que no sintamos dolor ante tanta barbarie. Es que la lucha está planteada así y nosotros la aceptamos con todas sus consecuencias".

Simultáneamente que excitaba a las masas a movilizarse y pelear, haciéndolas llegar a lo más profundo de su corazón la grandeza y la justicia de la causa que defendían, José Díaz las hacía ver también la indispensable necesidad de la disciplina más firme y rigurosa, pues sólo con organización y disciplina, estaríamos en mejores condiciones de remontar las más duras dificultades que la situación nos deparase.

A su entusiasmo y decisión para librar la gran guerra patria por la libertad nacio-

nal y la democracia. José Díaz unía el esfuerzo incansable por encontrar la solución justa a los más complejos y vitales problemas, de cuya realización dependía en gran medida la creación de las condiciones indispensables para superar los mayores obstáculos. Mientras tantos hombres políticos destacados, situados al frente de graves responsabilidades, eran arrollados por los acontecimientos, sin saber reaccionar ante ellos ni dar solución adecuada a las inaplazables tareas que la guerra exigía José Díaz paralelamente que estimulaba en las masas la iniciativa, aconsejaba también a los dirigentes que se hallaban en las alturas del poder. Principal iniciador del movimiento de milicianos voluntarios, que en los primeros días cerraron en muchos sitios con sus pechos valerosos el paso a las hordas enemigas, proporcionando los grandes triunfos iniciales al pueblo español; inspirador y organizador del inolvidable Quinto Regimiento, cuya contribución fué tan decisiva en la gloriosa epopeya de Madrid, a cuya gesta sublime tan unido va el nombre de nuestro jefe y maestro, José Díaz fué el primero en ver que la lucha sería larga y dura, que a una guerra como la que se nos hacía, en la que intervenían todos los elementos modernos de la técnica y la organización militar, solamente estaríamos en disposición de hacerla frente con eficacia, si disponíamos de una fuerza militar regular popular, organizada, bien unida, dotada de la más firme instrucción, disciplina y de las mejores armas posibles. José Díaz batalló sin desmayo por meter en la conciencia de todos la idea de que era preciso aprender bien a hacer la guerra, para lo cual necesitábamos pasar de la etapa sublime de las Milicias a la del Ejército regular del pueblo, a la unificación del mando militar y la dirección de la guerra, a la rápida puesta en marcha de todos los recursos de España, para con ellos hacer frente a las necesidades de la lucha en los campos de batalla. El 10. de Diciembre de 1936, en la sesión del Parlamento en Valencia, precisaba con esta concisión y claridad lo que había que poner en práctica si queríamos obtener la victoria:

“... creo necesario subrayar que la guerra la ganaremos solamente en la medida en que seamos capaces de movilizar todos nuestros recursos nacionales en hombres armas y víveres. En la medida en que mediante una dirección única y férrea, mediante un mando militar único, mediante un Ejército único y disciplinado, podamos y sepamos hacer la guerra.”

El luchó con su vigor y optimismo característicos contra la incomprensión, la ignorancia y la mala fe, de cuantos se oponían a la organización de todas las energías nacionales para la lucha, contra los que impugnaban y sabotaban la creación del Ejército Regular Popular, que tantas glorias dió después al pueblo español, contra cuantos no querían la creación de una fuerte industria de guerra, capaz de abastecer a nuestro Ejército de las necesidades más importantes, contra todos cuantos preconizaban la subsistencia del caos económico en la producción industrial y agrícola, contra los incontrolados que se dedicaban a hacer cundir el desorden y la arbitrariedad. De manera constante, José Díaz decía y repetía que sólo un Ejército Popular Regular, unido, un mando único, una industria de guerra poderosa, una economía puesta al servicio pleno del triunfo de la guerra, un orden y una disciplina férrea en todo el país, nos ayudaría a crear las premisas de la victoria. Su palabra encendida, se hizo sentir igualmente contra todos aquellos que aprovechaban la excepcional situación para dedicarse a criminales “ensayos” en la industria y en el campo, contra las bandas que llevaban la violencia y el abuso a los campesinos, pequeños industriales y comerciantes, contra los que fraguaban motines y actos de rebelión y desacataban la legítima auto-

29 ridad del Gobierno, contra los que "jugaban a la guerra", contra los criminales provocadores y quinta columnistas trotskistas, agentes de Falange, contra todos los interesados en desfigurar el verdadero significado de liberación nacional de la lucha que tan heroicamente sostenía el pueblo español.

Gracias a su firmeza, a su gigantesco esfuerzo, que nunca conocía el cansancio ni la flaqueza, muchas de las terribles dificultades que se presentaron ante nuestra lucha fueron vencidas, y situaciones de las más graves y complicadas superadas. El pueblo y la nación española tuvieron así en José Díaz al guía político más clarividente, al organizador y conductor de masas más brillante, al luchador más infatigable y ejemplar, al intérprete genuino del interés nacional de España.



José Díaz, adalid del combate del pueblo español, fué al mismo tiempo el más grande campeón de la unidad. Su vida entera estuvo consagrada a laborar por la unidad, a forjar la unidad en la lucha y para la lucha, a lograr mediante la lucha unida, el triunfo del pueblo y de la nación sobre todos sus enemigos.

El nos ha enseñado siempre que la lucha sola no basta, pues por muy plétórica de heroísmo que esté, si no se cimenta en la unión de combate de cuantos tienen intereses comunes a defender, puede rendir resultados estériles. Su alto sentido político y táctico, su capacidad para comprender las nuevas formas de unidad que cada nueva situación requería, era extraordinario. Enemigo encarnizado de las fórmulas rígidas, esquemáticas, inamovibles, para él la buena doctrina era aquella que seguía atentamente las transformaciones que se operaban en la correlación de las fuerzas políticas y sociales, y que sabía situar ante ellas la táctica de unidad que correspondía al momento.

Fué durante toda su vida el abanderado de la unidad de la clase obrera, la que defendió, lo mismo antes de las jornadas de Octubre de 1934, después de ellas, que durante todo el curso de la guerra nacional y hasta el momento postrero de su vida. En la unidad de la clase obrera vió él siempre la base segura del desarrollo impetuoso y firme del movimiento de combate y de unidad del pueblo español. Fué José Díaz el forjador del instrumento capital de la victoria de la democracia española el 16 de Febrero de 1936, el Frente Popular, gracias al cual fué rescatada la República de manos de sus enemigos: el más tenaz defensor de la unidad en el Frente Popular durante la lucha de liberación, y de su ampliación: el artífice de la Unión Nacional de todos los españoles, contra Franco, Falange y los invasores de España. A su esforzado empeño por la unidad, y a los grandes éxitos alcanzados en esta vía, debe el pueblo y la nación española los admirables triunfos logrados, tanto el 16 de Febrero de 1936, como durante los 32 meses de guerra, victorias que fueron posibles porque disponía del arma que José Díaz había puesto en sus manos: la unidad en el Frente Popular.

José Díaz velaba por la unidad como por el tesoro más preciado del pueblo. Por eso durante toda la guerra peleó sin reposo contra toda fisura que pudiese cuartearla, por lograr hacer la unidad más fuerte y extensa, pues en el robustecimiento de ella en todos los campos de la vida española, tanto en la fábrica como en el Ejército, en la aldea como en la ciudad, cifraba José Díaz su confianza en la capacidad de las masas para soportar y vencer las más duras pruebas. La pasión por consolidar y extender la unidad estaba siempre latente en el ánimo del gran luchador y patriota. El 9 de Mayo de 1937, en el discurso pronunciado en el Cine Capitol de Valencia, decía refiriéndose al problema de la unidad:

"Nuestra preocupación central es ganar la guerra. Y una de las 30 condiciones esenciales para ello es la unidad. Unidad del proletariado, de toda la clase obrera en un gran partido político; unidad de los sindicatos en una gran central sindical única; unidad de todas las fuerzas antifascistas en el Frente Popular; unidad de la juventud que ha de edificar la nueva España, unidad de todo el pueblo español para ganar la guerra".

Los obstáculos que de diferentes campos salían con vistas a tratar de quebrantar la unidad del pueblo, y que estaban siempre inspirados en fines extraños al supremo interés nacional, fueron continuamente impugnados por José Díaz, superados gracias a su entusiasta batallar por la unidad. En su lucha por la unidad, José Díaz se sentía siempre fortalecido por la confianza y la fuerza que le daba el hecho, tan bien conocido por él, de que las masas querían la unidad, ansiaban su robustecimiento, deseaban que ella irradiase a cuantos tuviesen alguna aportación que ofrecer a la causa común. Sus palabras denunciando los manejos de los enemigos de la unidad, lo que el quebrantamiento de la misma significaría, no iban destinadas únicamente a convencer a los hombres responsables de otras ideologías para que depusiesen su actitud antiunitaria, sino sobre todo, a poner en manos de los trabajadores y del pueblo de otras tendencias los argumentos que les permitiesen hacer empujar la unidad desde abajo. Tanto antes como durante la guerra nacional, José Díaz encontró frecuentemente en las masas no comunistas, aliados magníficos en el esfuerzo por sobrepasar las dificultades que ante la unidad aparecían.

La Unión Nacional tuvo en él a su inspirador y propulsor más enérgico. Fué el único dirigente político español que comprendió primero y mejor que el proceso de desenvolvimiento de la guerra, hacía necesaria, ineludible, una política de unidad más amplia que el Frente Popular, en la que las fuerzas obreras y democráticas desempeñasen el papel de vanguardia. El apreció con su visión genial, que los factores de clase y populares debían conjugarse con los factores nacionales que la misma lucha de independencia iba despertando al combate, fundirse en el gran movimiento por la salvación de España. Demostrando un patriotismo verdadero, cuya raíz estaba en su gran amor al pueblo y a España, en su pasión por la defensa de los intereses de las fuerzas más numerosas y avanzadas de la sociedad, José Díaz defendió la Unión Nacional como el resultado de la asociación de intereses y sentimientos comunes existentes en fuerzas políticas y sociales muy diversas, pero a quienes podía vincular el anhelo de salvaguardar frente a la Falange y los invasores, los bienes supremos de España que estaban en peligro. La necesidad y los nobles fines de esta unidad, que el desarrollo de la guerra fué presentado con mayor inminencia, —aunque no llegó a convertirse en una realidad— los definía ya José Díaz el 13 de Noviembre de 1937, en el Pleno del Comité Central del Partido, cuando declaraba:

"Para expulsar al extranjero, es necesario la Unión de todos los españoles que quieran la independencia de su patria: la lucha de todo el pueblo por la independencia nacional".

Si José Díaz formulaba esta amplia política patriótica de unidad, era porque había sabido percibir hondamente que la política traidora, antinacional, de los vendepatrias falangistas, al abrir las puertas de España al invasor, ofendía el sentimiento de dignidad de infinitos de españoles, que si bien les apoyaron en los primeros tiempos de su

31 criminal levantamiento. sin embargo no tardaron en comenzar a darse cuenta que lo que allí realmente se ventilaba era la vida de España como nación soberana e independiente, dueña de sus destinos, o su postramiento humillante a los pies del invasor, que era hacia donde la conducía la pandilla falangista. Por esto nuestro gran jefe, en su conferencia "Lo que España enseña a Europa y América", pronunciada en Barcelona en 1938, exponía de esta manera madura y elocuente los motivos por los que la Unión Nacional era necesaria y posible, así como la amplitud de fuerzas que ella podía reunir en el objetivo común:

¿Qué interés puede tener, por ejemplo, en la victoria de Franco un industrial que sienta el orgullo de su patria y que sabe que si triunfasen los invasores extranjeros quedaría su fábrica en manos de éstos, más o menos tarde? ¿Qué interés puede tener un pequeño o mediano propietario agrícola que ahora mismo ve cómo los alemanes y los italianos se llevan el ganado y los principales productos, y comprende que el triunfo de Franco haría permanente esta situación? ¿Qué interés pueden tener los hombres de ideología católica en una victoria extranjera que abriría en España un período sangriento de persecuciones religiosas contra los católicos y contra la libertad de conciencia, como sucede ahora en Alemania?"



El legado que José Díaz ha dejado a todos los hombres progresivos y patriotas, representa un tesoro político incalculable y de un valor permanente. Sus ricas enseñanzas tienen que constituir el norte y guía de nuestra actividad política presente, en la empresa de movilizar y unir en la lucha al pueblo y a la nación española contra sus mortales enemigos.

Las lecciones de José Díaz en el terreno del combate y de la unidad, nos dictan en esta hora el deber imperioso de levantar el espíritu de lucha del pueblo y de los patriotas a la máxima altura, de fundir en la Unión Nacional la voluntad y el heroísmo de los millones de españoles esclavizados por la banda nazi-franquista, lanzando contra estos miserables, como un huracán, toda su arrolladora potencia.

José Díaz, al enseñarnos que "la independencia nacional es la premisa indispensable de toda forma de progreso social", puso en nuestras manos el instrumento político de lucha más precioso —la bandera de la liberación nacional del yugo de Franco, Hitler y Falange—, nos mostró que la reconquista de la independencia es la condición primera para poder llevar a buen fin las más grandes aspiraciones populares. Todo nuestro pueblo tiene que inspirarse en el sublime ejemplo del gran patriota José Díaz, para poner a plena tensión sus fuerzas y realizar los mayores sacrificios con tal de unir las energías de todos los españoles, y encender de un extremo a otro de la patria la guerra sagrada contra los falangistas y hitlerianos.

Igual que en otras etapas difíciles el deber actual de todos los españoles consiste en agrupar, organizar las fuerzas de las masas, adiestrarlas en las grandes acciones cotidianas, ponerlas en disposición de librar los combates decisivos por la causa de la salvación de España. Todo nuestro país vibra hoy de odio inaudito contra el enemigo, pero necesitamos que este se traduzca en amplias y constantes luchas, que estas se extiendan como reguero de pólvora, de una punta a la otra de nuestra Patria. Precisamos con urgencia que la Unión Nacional de todos los españoles se materialice, para que

José Díaz nos dijo, después de la derrota temporal, que la lucha no había terminado, que la derrota no había eliminado las causas que llevaron al pueblo a la pelea sino que las había agudizado, que el combate proseguía en las nuevas condiciones y bajo nuevas formas. Con ello nos indicó que la lucha no podía terminar más que con la victoria del pueblo y de España, y que toda nuestra capacidad y heroísmo tenían que ser empeñados en esta gran tarea.

Nuestro pueblo está probando con su vivo ejemplo, que ha sabido asimilar y permanecer leal a las enseñanzas del gran José Díaz. A pesar del sanguinario terror que invade a España, de los cientos de miles de asesinados, encarcelados y perseguidos, del hambre y la explotación más cruel, de cuantas terribles desgracias han traído a nuestra patria falangistas e invasores, el pueblo no ha cejado en la acción ni un instante, sino que por el contrario, eleva ésta diariamente, aproximando el momento de convertir sus luchas parciales de hoy en golpes gigantescos y demoledores en un futuro cercano. En los montes gloriosos de España, los guerrilleros mantienen en alto la llama patriótica de la pelea por la liberación nacional; los obreros empujan el combate contra la explotación, contra la guerra y la tiranía franquista; en las aldeas los campesinos se batan con vigor contra los nazi-falangistas que roban sus cosechas; en los curteles, los soldados y los oficiales que no han vendido su dignidad, muestran su rebeldía contra la miseria, la esclavitud y los crecientes peligros de guerra; en todo el país los actos de sabotaje y la lucha contra la miseria y el terror, expresan elocuentemente el espíritu decidido de combate de la nación por su propia vida. España entera levanta en múltiples formas, la bandera de la lucha contra su sacrificio por el nazismo en la guerra contra las Naciones Unidas, se opone a los envíos de soldados y trabajadores a luchar y a producir para los nazis, como carne de cañón y mercenaria. Pero esta lucha que cobra a diario mayor ímpetu y extensión, formas y métodos de mejor calidad, alcanzando en algunos casos proporciones muy elevadas, no está todavía a la altura que exige de ella el inmenso peligro de que España sea envuelta completamente por Hitler y Franco en la guerra. Este crimen sin igual, sólo puede ser evitado por la lucha y la unidad más enérgica y amplia de los españoles antifranquistas y patriotas. Por este motivo la lucha tiene que crecer ampliamente, y la unidad cimentarse con la mayor rapidez.

Esta lucha y la unidad la ansían millones de españoles. Sin embargo, a pesar de ello, hay obstáculos que se oponen a su plena realización. Hoy, al igual que en otros momentos cruciales de la vida de España, cuando son más precisas que nunca las energías de todos sus hijos para poner el combate patriótico al rojo vivo, no faltan quienes míopes o malintencionados, preconizan la teoría de reservar las fuerzas, de no emplearlas prematuramente, de guardarlas para el "momento decisivo". No faltan quienes, especulando demasiado con la acción de las Naciones Unidas, pretenden influir a nuestro pueblo de la idea de que no debe exponer mayores sacrificios en la lucha contra los tiranos de España, sino que debe aguardar tranquilamente la derrota de Franco y Falange de la victoria final de los países democráticos sobre el hitlerismo, gentes que dicen que no debemos luchar ahora contra nuestro involucramiento en la criminal guerra nazi, sino que debemos esperar a que el hecho esté consumado para "entonces" volver las armas contra la pandilla nazi-franquista. Quienes así piensan no pueden perseguir otro propósito que el de enfriar el espíritu combativo de las masas, distraerlas de sus verdaderos deberes, convertirlos en cómplices del siniestro crimen que contra nuestro país fraguan Hitler y Franco, comprometer el triunfo de nuestra independencia y democra-

33 **cia.** Semejantes concepciones son hostiles al sentimiento y al interés de la nación española en esta hora, pues cualquier español honrado y patriota tiene que comprender que la liberación nacional y la libertad son prendas que no se reciben nunca de manos ajenas, sino que, para gloria de los pueblos que saben hacerse dignos de ellas, se alcanzan con la sangre y la lucha de las masas. Las acciones de los Ejércitos aliados sobre todo del sublime Ejército Rojo, constituyen una aportación muy grande a la lucha por nuestra salvación, pero no es a ellos a quienes incumbe entregarnos a España libre de monstruos falangistas y nazis, en bandeja. Eso nos compete a nosotros conseguirlo. De la misma forma, todo buen español tiene que comprender que no es posible aguardar a luchar contra nuestro hundimiento en la guerra hitleriana al momento en que el gran crimen esté ya consumado, pues eso sería de hecho servir los planes falangistas al permitirles que tranquilamente realicen sus propósitos.

Del mismo modo que hay quienes quieren frenar la lucha de las masas, hay gentes que están muy interesadas en poner todas las trabas posibles a la Unión Nacional contra Franco, Falange y los invasores, por la independencia y la democracia para España. A esta justa línea de unidad, que es la única que puede recuperar para nuestro pueblo la soberanía y las libertades perdidas, hay quienes oponen sectarios esquemas de unidad, tendientes a limitar la unidad al reducido marco de las fuerzas obreras y democráticas, a excluir de ella a los españoles que no son obreros ni republicanos, pero si patriotas, y que como tales están en el deber de combatir por evitar que el país sea abrasado en la hoguera de Hitler, y por liberarlo del yugo de Falange y los nazis. Esta lucha contra la Unión Nacional se manifiesta cuando las posibilidades del frente patriótico de combate se amplían, cuando muchos españoles, antes influidos o engañados por la política franquista se van desgajando de ésta y Franco y Falange hacen los mayores esfuerzos para tratar de contener el paso de los mismos al campo de la lucha nacional contra ellos tratando de hacerles creer que el combate actualmente entablado no lo es entre la independencia de España y su régimen hitleriano, sino entre el fascismo y el "caos" de la revolución. Es evidente que, en tales circunstancias, los que hostilizan la política de Unión Nacional, tratando de reducir la unidad al ángulo, de las fuerzas obreras y democráticas, no pueden perseguir otro fin que el de permitir que el frente de nuestros enemigos se amplíe y fortalezca, mientras limitan estúpidamente nuestro propio frente de combate, al poner la proa a los nuevos aliados, con que el pueblo cuenta para llevar a buen término los fines supremos de este momento histórico.

El deber de cuantos quieran privar a España de nuevos y más crueles dolores, rescatarla de sus enemigos, es sellar la Unión Nacional sin demora, pues los riesgos que sobre el país se ciernen no esperan. La Unión Nacional debe de ser forjada en la lucha diaria, en el combate patriótico del pueblo español.



Al morir, José Díaz dejó a la clase obrera y a nuestro pueblo su mejor obra: el Partido Comunista. El lo vigorizó con su sabiduría política, su fidelidad y pasión por las masas, su patriotismo, sencillez y claridad. Con su ejemplo nos legó una gran lección: la de poseer en todos los momentos una gran sensibilidad política, una ligazón permanente con las masas, pues sin estas cualidades el Partido no estaría en condiciones de cumplir con su misión. Los momentos difíciles, como el actual, no deben distraer al Partido de las masas, sino fundirlo más íntimamente a éstas. El aislamiento y la ocultación de la fisonomía política a las masas, le substraería de la dirección de sus

luchas, le convertiría, además, en blanco más fácil del enemigo. José Díaz nos enseñó que el Partido es el instrumento decisivo de la lucha y la unidad. Sólo un Partido como el nuestro, firme y unido como una roca, claro de ideas sobre los problemas más difíciles del combate, es capaz de remontar con el mayor esfuerzo las dificultades y obstáculos que se interponen a la lucha y a la unidad. Esta cualidad del Partido, tantas veces probada, tiene en estas horas la mayor trascendencia, pues sólo el empuje y la claridad, la capacidad de argumentación, puede hacer marchar adelante la acción y la Unión Nacional con la magnitud y la urgencia que requiere la salvación de España. José Díaz nos legó igualmente otra gran cualidad suya: la de ser dirigentes políticos sencillos, claros, audaces, inaccesibles al pánico y a las dificultades. En estos instantes, este rasgo de José Díaz tiene que ser bien asimilado por todos nosotros, pues ahora, la claridad, la intrepidez, la decisión, son características que exigen ser puestas a prueba en la lucha de todos los días, para la organización de la guerra sagrada contra el franquismo. Todo nuestro Partido tiene que educarse en las grandes virtudes de nuestro querido jefe, cualidades que permanecen vigorosamente acusadas en nuestra gran guía "Pasionaria", firme depositario del testamento político de José Díaz, y en los grandes discípulos de nuestro maestro, los dirigentes del Partido Comunista de España.

Inconmoviblemente fiel a las enseñanzas de su inolvidable jefe, el Partido sabrá hacer honor a su memoria, poniéndose al frente de las masas para desarrollar y conducir sus luchas, para forjar la Unión Nacional de combate, para con la lucha y la unidad, salvar al país de la guerra hitleriana, extirpar para siempre del suelo español la mala hierba fascista y hacer triunfar definitivamente la independencia y la libertad del pueblo español.



DOLORES IBARRURI

POR LA UNION NACIONAL

En septiembre del año pasado, el C. C. del Partido Comunista de España publicó un documento sobre la unidad nacional, documento que ha causado gran impresión en el país y ha servido para reforzar el movimiento de oposición a Falange y a su política de guerra.

La posición actual del Partido Comunista de España en relación con la unidad nacional, no es una cosa nueva ni desconocida y, por lo tanto, no puede producir ninguna sorpresa. Es la continuación de la posición que el Partido ocupaba anteriormente. Ya durante nuestra guerra de liberación, frente a incomprendimientos y sectarismos e incluso frente a los afanes de algunas gentes de desvirtuar el carácter de nuestra guerra, el Partido Comunista defendió la política de Unidad Nacional, sin ninguna vacilación y sin temor a los juicios que a demagogos irresponsables merecía esta patriótica y consecuente actitud. No luchábamos entonces por el comunismo, sino en defensa de la República democrática; luchábamos por la Constitución de la República y por las leyes democráticas de nuestro país. Y, fieles a nuestros compromisos y a nuestros aliados, y con el convencimiento de que así defendíamos los verdaderos intereses de nuestro pueblo, nos opusimos con gran firmeza a los extemporáneos e inoportunos ensayos socializantes. Y luchamos con entusiasmo y decisión en todos los frentes, defendiendo la bandera de la España popular y republicana, que era entonces lo revolucionario en el verdadero sentido de la palabra.

En todos los momentos, el Partido Comunista realizó toda clase de sacrificios para que la unidad se mantuviese y se aplicase. Cuando las necesidades de la guerra hicieron imprescindible la ampliación del programa que había unido a las fuerzas democráticas, con el articulado del Programa de los Trece Puntos del Gobierno Nacional, nadie puede disputarle al Partido Comunista la lealtad con que defendió y propagó este programa. Queríamos ahorrar sangre y sacrificios a nuestro pueblo, queríamos conquistar para él el derecho a la vida libre y pacífica; queríamos establecer las bases de coincidencia patriótica entre todos los españoles, después de los dolores de la guerra iniciada por la insensatez del grupo de miserables al servicio del hitlerismo. Pero hoy hemos planteado de nuevo ante todos los españoles el problema de la unidad nacional, porque nuestro país vive momentos de gran peligro que nacen de la misma fuente de donde brotó la sublevación militar del 18 de julio de 1936.

España está expuesta a ser convertida en un campo de batalla hitleriano. España está hoy amenazada de ser arrastrada a la guerra por los compromisos que Falange tiene contraídos con Berlín. Y sólo podrá evitarse ésta catástrofe por la decisión de todos los verdaderos españoles, unidos en el deseo patriótico de salvar a España y evitar a nuestro pueblo los terribles sufrimientos de la guerra totalitaria. La entrada de España en la

guerra significaría el aniquilamiento de millones de vidas españolas, sig- 36
nificaría la destrucción de ciudades y aldeas españolas, significaría la rui-
na de la industria y del comercio, hambre y miseria para varias generacio-
nes. Pero todo esto puede ser evitado. España puede volver a vivir días
de paz y normalidad, España puede volver a ocupar un puesto entre los
pueblos libres de Europa, levantada de la postración actual por la acción
unida de todos los españoles que aman a su país sin distinción de etique-
tas "derechas" o "izquierdas".

Cuando durante el curso de la guerra de liberación nacional luchaban
comunistas, socialistas, republicanos y anarquistas, hombro con hombro
con los nacionalistas vascos, católicos cien por cien, a nadie se le ocurrió
pensar que ésto era un disparate. Por el contrario en la lucha común, en
el sacrificio y en la sangre vertida por la misma causa y por hombres que
hasta el comienzo de la guerra habían sido adversarios políticos irreconci-
liables, el respeto y la convivencia mutua, cuyos efectos se sienten hoy en
España, se sentirán mucho más cuando después de la derrota de Hitler co-
mience para nuestro país un período de verdadera reconstrucción. Y lo
que hicimos ayer con católicos vascos, ¿por qué no poder realizarlo hoy
con todas aquellas fuerzas civiles y militares que no están de acuerdo con
la política falangista y que a los cuatro años de falangismo se han con-
vencido del tremendo error que cometieron, apoyando a Falange?

Si nosotros hubiéramos ganado la guerra, España no habría conocido
la vergüenza y el horror de los campos de concentración, de las persecu-
ciones que Falange ha realizado contra los que lucharon frente a ella. Pa-
ra nuestro país se hubieran abierto los caminos del progreso, de la paz y
del desarrollo pacífico. Lo que no pudo ser ayer podemos realizarlo hoy.
Para ello hay que arrancar el poder de manos de Falange, hay que impe-
dir que Falange pueda hacer una granjería con la sangre y los destinos de
España, hay que salvar a nuestro pueblo y a nuestro país de la guerra y
de la ruina. Tal debe ser el pensamiento fundamental de todos los españo-
les en los momentos actuales. Y no podemos, sin cometer un gravísimo
error, —y al decir podemos me refiero a las fuerzas de izquierda—, conside-
rar a todos los núcleos políticos y sociales existentes en España de la mis-
ma manera que a Falange. Los falangistas son camarillas de logreros que,
apoyándose en los hitlerianos, ejercen una dictadura en beneficio propio
y en beneficio de sus amos de Berlín, que han hipotecado la libertad y los
bienes de España. Falange es culpable del estado de miseria en que se
ve todo el país, de la desorganización de la vida económica; de la pérdida
de mercados españoles; del aislamiento de España y de la política de terror
que ha ensangrentado a nuestra patria de punta a punta. Esta camarilla
de vende-patrias, que siente que el momento del derrumbamiento de la
Alemania hitleriana se aproxima, pretende ponerle un puntal, lanzando en
la balanza de la guerra el peso del ejército español, el peso de los recursos
de España, aunque ello origine la más sangrienta catástrofe para nuestro
país.

Hitler ha sacrificado diez millones de vidas alemanas. Hitler ha des-
gastado sus fuerzas vivas y las de sus aliados. Ha destruido al ejército
italiano y ha sembrado a Italia de escombros y cenizas. Las mejores di-
visiones rumanas y húngaras han sido aniquiladas en el frente soviético.

37 Hitler encuentra grandes dificultades para sacar más hombres de estos países. Y, a pesar de que en el interior de Alemania se han tomado medidas de inaudita brutalidad para la movilización de toda la población, Hitler no tiene los hombres que necesita para cubrir las brechas abiertas en sus ejércitos por los golpes destructores del Ejército Rojo. Y Hitler ha pensado en España. Hitler no ha olvidado las promesas de Franco de poner a su disposición tres millones de españoles. Hitler quiere que Franco cumpla sus promesas, quiere asimismo que Franco ponga a su disposición el territorio de la Península, las islas y el Protectorado de Marruecos, para utilizarlos como plaza de armas contra las Naciones Aliadas.

Estas exigencias de Hitler son hoy más imperiosas que nunca, porque el segundo frente que el Ejército Rojo ha hecho factible con sus victorias, significa una amenaza inmediata para él. En España se han ido dando pasos y más pasos en la preparación intensa de la guerra. Se han movilizado varias quintas. Ha sido reforzado el ejército de Marruecos. En la Península se organizan nuevas unidades militares. La División Azul es transformada en unidad regular del ejército español. Se intensifican las fortificaciones en las costas y se preparan aeródromos y bases navales. Estos preparativos militares son acompañados de declaraciones y actos demostrativos de Franco y sus generales. En el Marruecos Español, Orgaz afirma provocadoramente que Tánger será considerado como zona española. El Ministro del Ejército gira una visita de inspección exclusivamente destinada a las fortificaciones de Algeciras, y Franco, por su parte, al recibir al nuevo embajador alemán, ha reiterado la fidelidad de España a Hitler y a la indestructibilidad de los lazos de la España falangista con la Alemania hitleriana. Al mismo tiempo, Falange intensifica la preparación psicológica para la guerra. Poniéndose a tono con la propaganda de Berlín, los fascistas agitan frenéticos el fantasma del comunismo, y resucitan los tópicos del Alcázar y Belchite, entre otros, exaltando morbosamente entre la juventud la idea del peligro, del sacrificio y de la muerte.

Los intereses de España exigen que los planes de Falange sean rotos. Exigen que Falange sea frenada en el camino de la guerra, para que España, liberada del falangismo, marche decididamente hacia la reconciliación de todos los españoles. Falange es la guerra y Falange es nuestro enemigo porque es el enemigo principal de la libertad de España. Falange no es un partido nacional, sino un partido al servicio de Berlín. Ninguna persona honesta, ninguna persona verdaderamente española, puede comprometer su presente y su porvenir apoyando o marchando a remolque de este hatajo de aventureros que está comerciando con la sangre y la existencia de España. Falange debe ser desplazada del poder. La forma más eficaz para ello es el reagrupamiento y la unificación de todas las fuerzas de oposición en la lucha para terminar con el régimen de terror a que Falange ha sometido a España, para evitar los peligros de la guerra y asegurar a todos los españoles el derecho a pensar y a vivir libremente creando las bases para el desarrollo pacífico y progresivo de España.

El llamamiento a la Unidad Nacional hecho por el Partido Comunista de España, ha privado a los falangistas del punto de apoyo fundamental de que ellos partían en la propaganda para el desarrollo de su política de guerra: el argumento del fantasma del comunismo. La decidida actitud del

Partido Comunista ha mostrado ante los españoles la mendacidad de la 38
propaganda hitleriana y falangista. Porque cuando Franco y Falange es-
tán empeñados en convencer a importantes sectores de la sociedad espa-
ñola de que todos los cartuchos están quemados y de que no hay más re-
medio que seguir con Falange hasta el fin, el Partido Comunista ha demos-
trado que esto no es cierto. Que existe otra salida distinta a la indicada
por Falange. Que existe la salida de la Unidad Nacional del pueblo espa-
ñol para restablecer la normalidad constitucional y salvar a España, rom-
piendo su dependencia de Berlín. Y que, mientras el camino propuesto por
Falange lleva a la ruina y a la muerte, la organización de la Unidad Na-
cional de todos los patriotas para la lucha por la libertad de España, cuales-
quiera que sean su clase, sus creencias religiosas o convicciones políticas,
conduce a la vida y a la prosperidad del país. La violencia con que los fa-
langistas e hitlerianos odian la constitución de la Unidad Nacional, es la
demostración evidente de que éste es el camino justo, de que éste es el ca-
mino de la victoria. No nos cansaremos de repetir que Falange es el parti-
do de la guerra, es el partido de la catástrofe para España. Cuando Fa-
lange declara cínicamente: "..... detrás de nosotros, el diluvio, o lo
que sea", quiere decir que los falangistas están dispuestos a en-
cender de nuevo en España una guerra sangrienta y aniquiladora. Nos-
otros queremos impedirlo, nosotros queremos impedir que nuestro pueblo
vuelva a desgarrarse en luchas intestinas, que sólo favorecen a nuestros
enemigos.

Cuando Falange, consciente y arteramente confunde, para asustar a
las fuerzas conservadoras y católicas, el comunismo con los métodos demo-
cráticos y las libertades de gobierno, nosotros declaramos que esto es fal-
so. Que hoy, como ayer, a pesar de lo que diga Falange, no se plantea en
España la lucha por el comunismo, sino la lucha por el restablecimiento de
la legalidad constitucional, la lucha por la defensa del pueblo español, ame-
nazado de ser arrastrado a la guerra, lucha por la vida de España, que
los falangistas están dispuestos a destruir al servicio de Alemania. Nos-
otros, los comunistas, queremos salvar a España y no sacrificarla criminal-
mente como pretende hacerlo Falange. Nosotros insistimos en considerar
como principal enemigo a Falange. Y contra Falange, que es la agencia
hitleriana en nuestro país, hay que concentrar todas las fuerzas si queremos
salvar a España, si queremos terminar con esas querellas intestinas que
han retrasado el desarrollo de nuestro país.

Queremos crear las bases de la convivencia fraternal entre los espa-
ñoles abriendo para nuestro pueblo días de paz y de trabajo creador, de
bienestar y progreso. Y a esto tiende el movimiento de unidad nacional
que nosotros proponemos. Los comunistas pensamos que sin que nadie
tenga que hacer abdicación de sus principios políticos o creencias religio-
sas podemos marchar hombro con hombro con todos aquellos que estén dis-
puestos a luchar por la salvación de España. Actuar de otra manera, em-
peñarnos en mantener la división de españoles en rojos y no rojos estable-
cida por Falange, es hacer el juego a los enemigos de España, es hacer el
juego a los falangistas interesados en mantener esta división para consoli-
dar su poder y para realizar impunemente su política de hipoteca de

39 En la etapa actual de acontecimientos europeos e internacionales, cuando las brillantes victorias del Ejército Rojo sobre el hitlerismo, enemigo de todos los pueblos, van creando las condiciones para la liberación de Europa, las fuerzas democráticas y patrióticas españolas debemos actuar como la palanca de unificación de los españoles dentro y fuera del país, y como fuerza política y moral responsable, cuya única ambición es la Patria libre e independiente. El pueblo español nos exige imperativamente la realización de esta unidad. Y, ante él, como juez supremo de nuestras acciones responderemos todos en día no lejano, en el día de la victoria de las Naciones Unidas contra el hitlerismo.



"El enemigo sufrió una derrota pero todavía no está vencido. El ejército germano-fascista atraviesa una crisis a consecuencia de los golpes recibidos del Ejército Rojo, pero ello no quiere decir aún que no se pueda reponer. La lucha contra los invasores alemanes no está terminada todavía: sólo comienza a desarrollarse y extenderse. Sería estúpido suponer que los alemanes abandonaran sin combate aunque no sea más que un solo kilómetro de nuestra tierra. El Ejército Rojo tendrá que sostener una lucha intensa contra un enemigo sanguinario, duro y, de momento, todavía fuerte. Esta lucha exigirá tiempo y víctimas, exigirá la tensión de todas nuestras fuerzas y la movilización de todas nuestras posibilidades."

(Stalin: Orden del día del 23 de Febrero de 1943.)

ANTONIO MIJE

LA U. G. T. Y LA UNIDAD SINDICAL

El llamamiento de la U.G.T., publicado como consecuencia de los acuerdos de la última reunión del Comité Nacional, es un clarín de combate dirigido especialmente a la clase obrera, en momentos cruciales para el pueblo español y para España. Se notaba la ausencia fundamental de la organización sindical más representativa, en cuanto a fijar con suma claridad una posición frente a la tarea de unificar a la clase obrera española. Hoy, con el documento que comentamos, a nuestro modo de ver, se ha llenado una laguna, muy necesaria y urgente, si examinamos la situación desde el ángulo de la lucha de las masas obreras y populares, y de la realización de la Unidad Sindical.

La clase obrera ha sido y es una fuerza decisiva en la lucha contra la reacción y el fascismo. Ha contribuido poderosamente a elevar el nivel de las grandes batallas liberadoras, no sólo en un plano nacional, porque con sus experiencias y enseñanzas ha ofrecido magníficos ejemplos a la clase obrera y pueblos víctimas de la amenaza de esclavitud hitleriana. Un corolario, enriquecido por innumerables acciones combatientes antifascistas, tiene en su haber durante el período comprendido entre 1933 y 1936, en cuyo pivote están las acciones armadas de Octubre de 1934, que culminaron en la insurrección asturiana. Estas acciones combatientes pusieron de manifiesto la decisión (inquebrantable de la clase obrera, unida a otras fuerzas del pueblo, de impedir, por todos los medios, incluso a costa de mucha sangre, y mayores sacrificios, una etapa de dominación fascista en España.

Cuando se produjo la sublevación fascista, el 18 de julio de 1936, la clase obrera experimentada en cien batallas, no titubeó un instante en empuñar las armas, atacar a las guaridas falangistas, lanzarse sobre los sublevados, ponerse a la cabeza de la defensa de la República para salvaguardar la independencia de España.

Ha sido en el período de la guerra de independencia, que la clase obrera puso de relieve con caracteres acusadísimos, su propia madurez política. Así lo acredita, su comportamiento en el frente, en la producción de guerra y agrícola, así lo prueba, el desarrollo de sus organizaciones sindicales y el crecimiento del Partido Comunista. La clase obrera jugó un papel político importante de dirección en el combate entablado entre los patriotas españoles y las fuerzas invasoras italo-germanas y sus lacayos falangistas. Conquistó palmo a palmo, muchos de los cuales fueron regados con su propia sangre, una posición influyente en la arena política española y así pudimos comprobar que se transformó en un factor eficiente en el desarrollo democrático de nuestro país.

La clase obrera no sólo luchó contra los enemigos exteriores, sino que también, en este proceso de guerra, purgó errores serios, derivados de la influencia del anarquismo entre las masas obreras y sectores campesinos. Se puede afirmar, que si no logró el triunfo, pese a sus esfuerzos y sacrificios, junto con otros sectores populares y nacionales, se ha debido, entre otros hechos, a la existencia en su seno de corrientes extrañas del anarquismo, cuya ideología es contraria a los supremos intereses de la clase obrera y del pueblo. El anarquismo ha fomentado en España la división de la

4) clase obrera, ha sido el instigador principal de las discordias entre los obreros, fomentando luchas intestinas que debilitaban las propias fuerzas de la clase obrera y de sus organizaciones para la lucha contra la burguesía y los terratenientes durante muchos años, y en forma muy concreta, contra los falangistas y sus "protectores" nazifascistas, a partir del 18 de julio de 1936.

La clase obrera española, no obstante su desunión, ha dado muestras constantes de su combatividad, de su conciencia de clase. Supo combinar sus propios intereses con los más vitales de la nación, encabezando la lucha por la independencia nacional de España, frente a los falangistas y contra los invasores, y demostró que era y es una fuerza auténticamente patriótica, capaz de grandes heroísmos para imposibilitar que España fuese conculcada por la bota militar nazi.

La clase obrera ha sufrido un rudo golpe por la victoria circunstancial de la Falange. Se ha ensañado sobre ella la más inaudita represión; los obreros y campesinos llevan en su rostro clavadas las huellas espantosas del hambre que padecen; carecen de los derechos políticos más elementales; sus organizaciones disueltas, y ante la masas proletarias españolas está el espectro trágico de la guerra hitleriana, la gran tragedia de verse gravísimamente amenazada de ser lanzada a morir por Hitler, como le ocurrirá a todos los españoles, si antes, unidos ampliamente, no se disponen a frustrar estos propósitos de Falange.

La clase obrera, sin embargo, al correr del tiempo, ha demostrado que sigue fiel y que no se ha entregado a los verdugos y vendepatrias falangistas. Ni el terror más sangriento ni algunas promesas, que eran pura demagogia, han obligado a los obreros españoles a inclinar la cerviz a los pies de los tiranos franquistas. Enhiesta, en sus convicciones, la clase obrera se ha negado a colaborar con el régimen, mostrando, constantemente el odio irresistible que siente por la política de Falange al servicio de los nazis. EN ESTE SENTIDO LLEGAMOS A LA CONCLUSIÓN DE QUE LOS FALANGISTAS NO HAN TENIDO EL MAS MINIMO APOYO DE LOS OBREROS ESPAÑOLES. Al mismo tiempo, hacemos constar que ha permanecido apegada a sus viejas tradiciones sindicales, ha conservado gran cariño por sus sindicatos de clase por sus Casas del pueblo, rechazando terminantemente la más simple aportación para el robustecimiento de los sindicatos verticales falangistas.

Los sindicatos falangistas son enteleguías, con un fuerte aparato de bribones burocratizados, sin el más mínimo aliento de la clase obrera. ¡Ya hubieran querido encontrar, para su política, algún eco entre las masas obreras, esos miserables falangistas! Pero no lo han tenido ni lo tendrán. Muchos años de educación sindical, muchos años de luchas y sacrificios, han inmunizado a la inmensa mayoría del proletariado español frente a la ideología falangista y le han impermeabilizado contra su demagogia. Estas circunstancias son aleccionadoras para nosotros, como también para los cuadros dirigentes sindicales. Demuestran claramente que la clase obrera no ha adjurado de sus convicciones antifascistas y permanece leal a la lucha por la liberación del pueblo español y por la salvación de España.

HAY CONDICIONES FAVORABLES PARA ACTIVIZAR LA LUCHA DE LAS MASAS OBRERAS ESPAÑOLAS

El llamamiento que comentamos ha aparecido en una situación de gran importancia porque existen condiciones más favorables para el desarrollo de la lucha antifranquista. En estos últimos tiempos se han registrado muchas acciones parciales, en forma de protestas, plantas, sabotajes, que son el índice de una acentuación de la lucha y

evidencian que van superándose la pasividad y la espera; pasividad que pretendía justificarse alegando que ante el terror nada se podía hacer; espera que determinaba que las masas populares se cruzasen de brazos en la confianza que el derrocamiento del régimen sería el fruto de la victoria de las Naciones Unidas. 42

Se ha atravesado un período de pasividad que no podía ser más contraproducente y suicida, porque el hecho de estar pasivos no ha significado, en ningún aspecto, un mejor tratamiento al pueblo, aminoramiento del terror, aumento de la ración de comida de parte de Falange; la pasividad no ha impedido que Hitler se convirtiera en dueño y señor de los destinos de la patria española en beneficio de sus planes de conquista y dominación universal. Por el contrario, la pasividad ha sido aprovechado por los falangistas para desarrollar casi impunemente hasta ahora sus criminales intenciones de exterminio físico de los militantes revolucionarios de la clase obrera y del antifascismo.

Se produjo un retroceso en la actitud combativa por parte de la clase obrera; retroceso que no tenía una clara explicación, ya que se basaba en la falta de confianza en sus fuerzas y en su agilidad política para sortear los vendavales más huracanados de la represión. No cabe duda que el terror ha liquidado a miles y miles de cuadros dirigentes obreros y republicanos, cuya ausencia de las filas antifascistas, significan bajas muy notables; también la clase obrera ha sido aterrorizada por los bárbaros procedimientos falangistas; sin embargo, nuestro punto de vista contra toda tendencia de pasividad y de espera, tiene por fundamento las necesidades capitales de la lucha a muerte contra Hitler y Falange, y se basa en que la experiencia de la clase obrera y del pueblo español es muy grande, ya que aprendieron a luchar, durante nuestra guerra muy particularmente, en condiciones extraordinariamente difíciles a veces, realizando hazañas que sólo podían explicarse por su decisión combatiente, por su heroísmo, por su gran esfuerzo y por su iniciativa. Esta situación había que remontarla y se está remontando, mediante la organización de la lucha, sirviéndose de cualquier circunstancia propicia para movilizar a las masas, utilizando los motivos aparentemente más insignificantes para crear dificultades al régimen, comprendiendo que hasta en las más pequeñas luchas parciales existen beneficios políticos. Hoy se aprecia, en el examen de conjunto de la situación, que si bien no han desaparecido por completo las tendencias de pasividad y espera, sino que aún tienen arraigo, hay una mayor decisión para la lucha, toma cuerpo el malestar de las masas y se traduce en hechos contra el régimen; hay más huelgas, protestas, sabotajes, escándalos, asaltos a establecimientos, y de otras mil maneras que ponen de relieve que la iniciativa de las masas actúa de motor que moviliza a las mujeres, a obreros, campesinos, gente de la pequeña burguesía, a los jóvenes, contra la participación en la guerra, contra el hambre y el terror por más racionamientos, etc.

¿QUE CARÁCTER TIENEN ESTAS ACCIONES ANTIFRANQUISTAS A QUE NOS REFERIMOS?

Los sabotajes de importancia crecen, se producen frecuentemente descarrilamientos de trenes, según hemos podido conocer en Cataluña y en Aragón. Ultimamente se sabe de muchos de ellos en Lérida, Sariñena, Vinefar, Bell-puig, Villamoneta. Precisamente se trata de trenes que conducen material de guerra o materias primas y víveres para Hitler, y los sabotajes alcanzan un mayor número en lugares que van hacia la frontera hispano-francesa. De esta manera a los casos de sabotajes que se habían producido en las zonas de Euzkadi, se suman los que ahora tienen lugar en Catalu-

43 ña y Aragón y resultará comprensible que la verdadera intención de estos hechos es la de cortar el abasto ininterrumpido que sale de España para los nazis.

Ultimamente se han registrado acciones de lucha que acusan un fuerte sentido político contra el régimen. Los hechos acaecidos en Málaga y Cartagena así lo demuestran. En Málaga, porque al unísono con las explosiones de la batalla naval en las proximidades del puerto entre unidades de superficie de la marina de guerra inglesa y un submarino alemán, el pueblo se lanza a la calle e inmediatamente atacan, aplicándoles justo castigo por sus crímenes, a los gobernantes falangistas y a los jefes provinciales de Falange. En Cartagena, porque el simple hecho de parecerles a la gente que unos marinos alemanes que desembarcaban, tocados de cascos parecidos a los que utilizan los norteamericanos, era el comienzo del desembarco aliado por España, hizo que igualmente se lanzaran a la calle y comenzaran a atacar a los falangistas dando buena cuenta de algunos de ellos, sobre todo de los que más se habían distinguido en la represión.

Prosiguen las acciones violentas contra los acaparadores y tiburones falangistas, que comercian canalescamente con el hambre del pueblo, como se demuestra con los incendios de la Fábrica de azúcar de Miranda de Ebro y el almacén de azúcar de Soria. También es un hecho demostrativo el asalto del tren a plena luz del día, en las inmediaciones de Segovia, en el que se llevaron grandes cantidades de víveres y mercancías.

No cesan las acciones huelguísticas contra el hambre, como lo indica la huelga de brazos caídos de los obreros mineros de la Duro-Felguera en Asturias, que logran un aumento en la ración de comida, al obligar a la empresa a establecer economatos que les proporcionen mayores cantidades de alimentos. Son muchos los casos de huelgas de este género que se vienen originando en el país, preferentemente en los grandes centros proletarios de Vizcaya, Barcelona y Asturias. Estas huelgas tienen la particularidad de que han sido hasta ahora resueltas favorablemente a los intereses de los obreros, lo que denota elocuentemente que es posible luchar, y que, mediante la lucha, se consiguen reivindicaciones tan sentidas por las masas, como es la del aumento de la ración diaria de comida.

Llevar estas acciones diversas de lucha, en sus entrañas, la esperanza de que todas las escaramuzas antifranquistas, que se producen en distintas provincias del país, aumentarán el poder combativo de la clase obrera, resurgirá la debida confianza en sus propias fuerzas, arrinconarán todas las ideas nocivas de la pasividad y la espera, y los españoles antifranquistas y patriotas demostraran al mundo que están decididos a impedir que España pueda intervenir totalmente en la guerra al lado de Hitler y por este medio de lucha violenta contra el régimen logran mejorar sus misérrimas condiciones de vida.

A la vista de esta situación, el llamamiento de la U.G.T. constituye un estímulo porque señala a las masas proletarias los objetivos programáticos que le sirve de plataforma de combate. Este llamamiento despertará gran confianza en los centenares de miles de ugetistas, al comprobar que la dirección nacional de la U.G.T., ha tenido muy en cuenta que lo esencial para resolver satisfactoriamente la cuestión del derrocamiento de la dictadura sangrienta de Falange, es la organización de la lucha, su desarrollo impetuoso, sin miramiento alguno, el ataque en todas las formas y por todos los costados, a la política de guerra y hambre de Hitler y Falange en España.

Estas luchas tendrán más efectividad, sus resultados serán más positivos si se realizan unidas. Si la unidad que los obreros van creando en los lugares de trabajo, borra

las huellas de un pasado de división, que tanto daño hizo a la causa democrática y revolucionaria del pueblo español. re-44

LA UNIDAD SINDICAL ES UNA TAREA URGENTE Y VITAL DE LA CLASE OBRERA

El llamamiento dirigido por la U.G.T. a la clase obrera española, aborda el problema de la unidad sindical como una tarea urgente. Se dice, sobre esta cuestión:

"No hay antagonismo o diferencia que en el terreno sindical no pueda ser vencida. Que nadie vea en la unidad sindical una absorción orgánica ni renuncia a idearios políticos de cada trabajador. La división que ha existido en el movimiento sindical español, no es una herencia que tenemos que defender".

¿Es posible la unidad sindical en España? Nosotros compartimos el punto de vista de los dirigentes de la U.G.T. en este problema y afirmamos que sí, que es posible. Sustentamos el principio de que NO EXISTE NINGUNA RAZON POLITICA FUNDAMENTAL QUE JUSTIFIQUE LA DESUNION SINDICAL DE LA CLASE OBRERA. Sería un crimen, que, apoyándose en la lucha más cruenta contra Falange, la clase obrera te destruyese ilegalmente sus organizaciones sindicales, en fábricas, talleres, minas, puertos, estaciones ferroviarias, en los pueblos y que esta reconstrucción se hiciera fijando los límites que las tuvieron divididas con anterioridad al triunfo de Falange. Entonces nos encontraríamos que la clase obrera iba poniendo en pie de guerra sus organizaciones sindicales de clase, demostrando no haber aprendido nada de las lecciones terribles, que viven en nosotros con recuerdos imborrables, sobre lo caro que hemos pagado la dispersión sindical que ha existido, ya que ha dado no pocas victorias al enemigo, porque ha debilitada sensiblemente la capacidad de combate del proletariado español. Esta experiencia del pasado debe haber abierto los ojos a la clase obrera, y si aún hay gentes empecinadas en su ceguera, debemos iluminarles con las enseñanzas de este corto periodo de la historia de España, para que se vea con suma claridad que la división sindical sólo beneficia al enemigo, a Falange. Por fortuna son muchísimos más los que comprenden la necesidad de la unidad sindical, la propagan y realizan. Por fortuna, también este es el sentimiento que abraza la masa proletaria, en virtud del cual brotan tantos hechos de unidad en las filas obreras en todo el país.

Colocándonos ante la situación actual de España, la experiencia que la clase obrera va viviendo es realmente sintomática, en cuanto a poner de relieve que la unidad sindical se está forjando en el crisol del combate contra Hitler y Falange y los grandes tiburones explotadores falangistas, en medio de la enorme oleada antifranquista que cruza el territorio nacional. Son muchos los casos que conocemos, en los cuales la unidad de los obreros adquiere formas concretas, sin que intervengan para ello, en muchas ocasiones, sus dirigentes sindicales. Son hechos que tienen su raíz en la mutua comprensión de obreros ugetistas y cenetistas. Y el hecho de que los obreros ugetistas y cenetistas no establezcan diferencias entre sí y se unan en la lucha, al no prestar atención a las antiguas divisiones y fronteras sindicales, es revelador de que hay, en el seno de la clase obrera, la idea arraigada de que la unidad sindical es un imperativo vital de la lucha contra el fascismo. Ahora bien, si al lado de la cada día más clara comprensión de las masas sobre este importante problema, está la orientación que va directamente a la médula de la cuestión y coloca en un primer plano el consejo de ir barriendo dificultades de cualquier tipo para sembrar en tierra abonada la

45 fecunda semilla de la unidad sindical desde ahora, estamos seguros que se han dado pasos de gran trascendencia en la vía de liquidar la división que ha existido en las filas obreras; se habrá cerrado a Falange la posibilidad de mantener o alimentar discordias e infundir desconfianza entre los obreros; con una tal orientación, como la señalada por la U.G.T., se cimenta sólidamente la construcción del magno edificio unitario de la clase obrera española, con la creación de la **CENTRAL SINDICAL UNICA**.

Nosotros propiciamos la unidad sindical en el momento presente en función de la lucha a muerte contra Hitler y Falange, porque permite a la clase obrera golpear con mejores resultados la política de guerra del régimen para malograr plenamente la entrega completa de España al imperialismo fascista alemán. Y consideramos que la unidad sindical es una tarea de cada día, en las fábricas y demás lugares de trabajo, soldada perfectamente en la multitud de acciones huelguísticas o de otro tipo que se desarrollan y que debemos intensificar. Decimos esto, porque conviene aclarar que no cabe esperar, para que la obra unitaria en el terreno sindical se vaya transformando en una realidad, a que se haya derrotado a Falange y en España se pueda preparar tranquilamente un Congreso con esta finalidad. La unidad sindical debe convertirse en hechos prácticos en las fábricas, talleres, minas, pueblos, donde están los obreros, en donde han de organizarse Comités y más Comités de Unidad Sindical que agrupen a todos los obreros que allí trabajan y los cuales serán, sin duda alguna, los puntales de la Central Sindical Unificada. Este es el comienzo y por aquí se debe empezar; en la seguridad que cuanto concierne a la estructuración, reglamentos, estatutos, dirección unificada en un plano nacional, es tarea que puede abordarse posteriormente. La lógica más elemental aconseja poner mano a la obra hoy en los lugares de trabajo

LA UNIDAD SINDICAL Y LA UNIDAD NACIONAL

Hay otro aspecto en el que conviene examinar la importancia de la unidad sindical. Es el de la Unión Nacional. La unión nacional es una realidad en toda España, porque se apoya en la convicción de millones de españoles. Si aún no ha adoptado formas orgánicas —por otra parte no es una tarea fácil realizarlo— tácitamente existe esta unidad amplia de todos los españoles que no quieren que España sea arrastrada totalmente a la guerra al servicio de Hitler.

Esta Unión Nacional que se asienta en la lucha contra Hitler y Falange, abarca a sectores políticos y fuerzas conservadoras que colocan por encima de otro interés, el supremo interés de salvar la vida del pueblo español e impedir la desaparición de España como futuro Estado independiente. En el conjunto de la Unión Nacional, la clase obrera tiene misiones fundamentales de lucha, hoy, mañana y pasado mañana, no sólo para imposibilitar la intervención de España en la guerra, y derrocar el régimen de Falange, sino para contribuir con su fuerza y su organización a asegurar el desarrollo de la democracia en nuestro país, después de haber barrido para siempre con todo vestigio fascista, sobre el suelo español. El peso específico de la clase obrera será más eficaz en una España democrática si está unido, actúa unido y si se proyecta sobre toda actividad política o económica, sólidamente unido.

De esta manera, la clase obrera será una garantía que evitará todo retroceso político en la vida del país y contrarrestará las influencias malignas de los enemigos principales de la independencia de España.

La clase obrera será uno de los fundamentos más eficaces de la Unión Nacional, porque, como ya lo ha demostrado, no habrá en toda la nación una fuerza capaz de

superarle en patriotismo consciente, capaz de impedir que, en nombre de la patria, pue- 46
dan medrar los que en nombre de intereses inconfesables asustados por la democracia
y el progreso del pueblo, se entregan en brazos de los peores enemigos de España.

La clase obrera unida estará en inmejorables condiciones de vencer resentimientos
o incompreensiones que pueden surgir en el seno de la Unión Nacional, producto, a ve-
ces, de la propia composición tan heterogénea de fuerzas que la integran. Y puede y
debe ser un factor que solidifique la unidad de todos los sectores antifranquistas, con
el apoyo de su propia unidad.

EL LLAMAMIENTO DE LA U.G.T. DEBE HACERSE CARNE EN LA CLASE OBRERA

El llamamiento de la U.G.T. señala muy claramente la responsabilidad de la clase
obrero en esta hora de suma trascendencia para España, porque si en cualquier cir-
cunstancia es perjudicial la pasividad, en el período de preparación de la entrada de
España en la guerra hitleriana es mucho más; ahora sería un suicidio contra ella misma
y un crimen a la independencia nacional de España.

Por eso hay que hacerle llegar a la clase obrera, una y otra vez, de todas las for-
mas y por todos los medios, las explicaciones claras y precisas sobre su propia res-
ponsabilidad cuando está en juego la vida del pueblo y la misma existencia de España.
En este sentido, nosotros los comunistas hemos hecho grandes esfuerzos, no sólo dirigi-
dos a la clase obrera, sino, al mismo tiempo, a todos los españoles antihitlerianos. Pero
no era suficiente que así lo hiciese el Partido Comunista, que así lo continúe haciendo
el P. C. tal y como es su deber. Debían hacerlo otras organizaciones y partidos anti-
fascistas españoles, porque es de su incumbencia y de su propia responsabilidad ante
la masa que representan, y ante España. De aquí que cuando el órgano ejecutivo de
la U.G.T. se dirige a sus afiliados y a la clase obrera española en general, nosotros
consideramos que pone los primeros peldaños en el cumplimiento de sus primordiales
e inherentes obligaciones como organización sindical de la clase obrera. Ahora bien,
el llamamiento por sí solo no basta, ya que debe ir acompañado de las medidas efica-
ces de organización para que arraigue profundamente en la conciencia de la clase obre-
ra y sea una bandera de combate, día tras día, contra Hitler y Falange. La virtud de
un llamamiento de este género, está en que se haga carne de la clase obrera, que las
masas lo vean como suyo, porque comprendán que es una directiva de lucha para ellas y
para todo el pueblo. La eficacia de un llamamiento de esta naturaleza radica en que
las masas obreras aprecien que contiene orientaciones justas, a través de su propia
experiencia, porque así han podido percibirlo en sus luchas, bien en la fábrica o en
el lugar de trabajo que sea. De esta forma, el llamamiento no sólo es la línea ex-
puesta por la dirección nacional de la U.G.T. sino que se convierte en el pensamiento
de los obreros para sus luchas. Tanto de los obreros ugetistas como de los cenetistas
ya que constituye una orientación igualmente para los cenetistas a quienes afecta en
una misma consideración las tareas de la unidad sindical. El llamamiento de la U.G.T.
comporta responsabilidades muy serias para sus organizaciones y militantes, de ma-
nera esencial para los que se encuentran en España puesto que a ellos va dirigido,
sin olvidar que en no menor cuantía alcanzan a los que se hallan emigrados, ya que
estos no deben considerarse ni más ni menos afectados por las obligaciones entraña-
das en la lucha antifranquista de la organización sindical que los que luchan en el
interior del país. La efectividad del llamamiento debe ponerse a prueba en que su
orientación básica sea llevada a las fábricas y talleres, a los pueblos, sea discutida con

47 el propósito de aplicarla para impulsar la lucha como corresponde a la gravísima situación creada en España por la política de Falange.

El llamamiento impone, al mismo tiempo, a la Comisión Ejecutiva que lo ha hecho público y al Comité Nacional que lo acordó, la tarea ineludible de poner a contribución cuantos recursos, medios y posibilidades tiene a su alcance para dar cumplimiento a una decisión de trascendencia suma como ésta. Esto significa para la Comisión Ejecutiva y el Comité Nacional de la U.G.T., una mayor atención a los problemas vitales de la clase obrera española.

Nosotros apreciamos sinceramente la importancia que tiene la publicación del llamamiento de la U.G.T. y creemos que todo el peso de la influencia de esta gran organización sindical entre el proletariado español y en las masas populares, debe ser lanzado en esta hora grave de España contra Falange para acelerar su derrota. Los mismos deberes y responsabilidades de la clase obrera, son nuestros al frente de Partidos y organizaciones sindicales. Por eso hemos de dirigir su actividad, su organización y su lucha, ligados a ella, fundidos con ella para conducirla lo más acertadamente posible en el combate. Esto hay que hacerlo desde México o en el interior de España, desde donde cada cual se encuentre y con los medios que cuente para realizarlo.

Los comunistas españoles encontramos en este importantísimo paso de la U.G.T. un aliado para aumentar la lucha; por eso lo saludamos en nuestra condición de miembros del Partido Comunista de España y como afiliados a la U.G.T. y por ambas nos aprestamos a cumplir lo que nos corresponde en su aplicación ya que lo importante y lo que decide es la organización de la lucha y en este camino marchamos codo a codo con los socialistas para hacer efectivo el más rápido y eficaz cumplimiento de las orientaciones fijadas en el llamamiento de la gran organización sindical ugetista para que la unidad sindical de la clase obrera española sea pronto una realidad, conscientes de que si la derrota sobrevino cuando aún el proletariado español no había alcanzado la cima de su unidad sindical, que en el fragor del combate por la victoria antihitleriana y antifalangista escalemos esta gran posición, plétórica de ventura y promesa para el proletariado y los pueblos de España.



JUAN COMORERA

La misión actual del Partido Socialista Unificado de Cataluña

En la gravísima situación actual, la misión del P.S.U. de C. es clara, precisa, categórica. Nuestro Partido debe ser la vanguardia dirigente de la lucha del pueblo catalán contra el régimen monstruoso de Franco y Falange, contra la guerra hitleriana, a la cual se nos quiere arrastrar total y definitivamente. Nuestro Partido debe concentrar toda su capacidad, toda su energía, toda su fuerza, para lograr estos dos objetivos inmediatos, fundamentales. El Partido no debe distraerse de ellos por ninguna consideración, por ninguna especulación sobre los problemas y cuestiones del futuro. El Partido debe comprender que estos problemas y cuestiones, que la República, la Constitución, las aspiraciones nacionales concretadas en el Estatuto o en otro Cuerpo Jurídico de mayor contenido y ambición, los derechos de la clase obrera, de los campesinos, de toda la población trabajadora y progresiva, nuestros propios principios y anhelos, siempre irrenunciables, todo, absolutamente todo lo que hemos sido y queremos ser, no será una posible o una esplendorosa realidad jamás, si no somos capaces de resolver esta angustiosa, terrible cuestión previa: exterminar a Franco y a Falange y, con ello, impedir que España sea arrastrada, sin eufemismos ni capciosidades, a los horrores de la guerra hitleriana.

Las victorias gigantescas del Ejército Rojo y la lucha incansable y abnegada de los pueblos hispánicos, unidos fraternalmente por el dolor común, por el enemigo común, por la necesidad común de conquistar un régimen de libertad y de democracia, han trastornado y aplazado los planes criminales de Hitler y, por lo tanto, de sus instrumentos en España: Franco y Falange. Es seguro que sin las victorias del Ejército Rojo, sin la lucha del pueblo, que ha imposibilitado la consolidación, la estabilización del siniestro régimen terrorista de Franco y de Falange, España habría pasado ya de la guerra parcial y camuflada, para aquellos que quieren ser engañados, a la guerra abierta contra las Naciones Unidas.

Los planes de Hitler y de sus sirvientes en España han sido diferidos, pero no liquidados definitivamente. Cometeríamos un error de gravísimas consecuencias, si nos dejáramos llevar por el optimismo infantil, de quienes siguen las alternativas de la guerra con espíritu pasivo y espectador, de los lectores ojalateros de los comunicados y de las predicciones, amenudo muy turbias, de "técnicos" que siempre se equivocan, de quienes, incapaces de ir más allá de una espera expectante, no aportan a la causa común de los pueblos en guerra a muerte contra la bestia nazifascista, su propio esfuerzo y sacrificio. El Ejército de Hitler, los ejércitos de los países dominados por sus Quislings, comprendida la para todos nosotros denigrante División Azul, han sufrido y sufren tremendas derrotas en los campos empapados de heroísmo de la Unión Soviética. Pero estas derrotas, por graves que hayan sido y sean, no han determinado la destrucción de los ejércitos nazifascistas. En la Orden del día al glorioso Ejército Rojo, en el 25 aniversario de su creación, el camarada Stalin nos ha prevenido, objetiva y justamente: 48

49 el enemigo es todavía fuerte, cuenta aún con elementos para emprender nuevas aventuras, para golpear aquí y allí.

Hitler y sus Quislings emprenderán nuevas aventuras, golpearán como puedan y donde puedan, en busca afanosa de una victoria militar o política. Por su propia naturaleza, el nazifascismo no se entregará, morirá matando. No comprender ésto, es no comprender nada. Huyendo de la derrota inevitable, del aniquilamiento seguro, Hitler y sus Quislings se esforzarán por impedir la apertura del Segundo Frente en el Continente europeo, segundo frente que Churchill y Roosevelt han prometido solemnemente para este mismo año. Porque Hitler y sus Quislings saben bien que el segundo frente será la derrota militar aplastante y rápida. Para conseguirlo, han movilizado ya a sus agentes enquistados en el aparato estatal de Inglaterra y Estados Unidos, los residuos del funesto muniquismo que nos entregó a Franco y a Falange, movilizan sus fuerzas y recursos militares y se proponen arrebatarse la iniciativa a las naciones unidas para obligarlas a combatir lejos del Continente Europeo; en el Continente africano. En los planes de Hitler, España es una pieza fundamental. Sin España no podría esterbar o dilatar la invasión del Continente europeo por los ejércitos anglo-franco-norteamericanos. Con España puede intentar una diversión estratégica. Hitler no renunciará a esta posibilidad. Renunciaría a ella si España fuera un país independiente, soberano, si la República Española no hubiese sido ahogada en los comienzos europeos de la ofensiva nazi-fascista contra la Humanidad. Pero España es hoy un país sometido, sin independencia, sin soberanía, en manos de su Quisling, Franco, y de la sucursal de su Gestapo la Falange. Franco y Falange están al servicio de Hitler y en defensa de su vida ruin y de su régimen antiespañol, desarrollan los planes que el Estado Mayor alemán formula y tratarán de ponerlos en ejecución a la hora que les digan.

A la espera servil de la orden de Hitler, Franco y Falange han tomado ya sus medidas. La movilización de quintas, la concentración de un poderoso ejército en el Rif, la militarización de las industrias, la militarización de toda la vida civil, la multiplicación de los aeródromos, el reforzamiento de las carreteras estratégicas, el almacenamiento de las materias primas y del combustible que políticos ciegos de Estados Unidos les entregan en abundancia, la reorganización de los mandos militares, la conversión de la "División Azul" en unidad regular del Ejército y el aumento constante de sus efectivos con regimientos enteros, la movilización de las fuerzas en el Sur contra Gibraltar, y en Galicia para cerrar una vía histórica de invasión a los ingleses, la fortificación acelerada de las Baleares, de Canarias y Fernando Poo, la intensificación y sistematización del terror, son medidas de guerra, el desarrollo de un plan cuidadosamente elaborado, para abrir el Pirineo a las divisiones blindadas de Hitler, para imponer a España la guerra de Hitler contra las Naciones Unidas y en el terreno elegido por Hitler. Mientras Franco y Falange realizan su parte, Hitler va concentrando en el Pirineo el ejército de invasión, con una cierta lentitud que le ha sido impuesta por las ofensivas victoriosas del ejército rojo. Los verdugos de la humanidad trabajan de acuerdo y con el ritmo que las circunstancias les permiten, en una carrera desalentada contra el creciente poderío y coordinación de las Naciones Unidas.

En este paréntesis impuesto a Hitler y a sus cómplices por las victorias del ejército rojo y la lucha heroica de los pueblos hispánicos, se incrementa la siniestra larca del opaciguamiento interior. Franco y Falange no han podido consolidar, estabilizar su régimen terrorista. La inmensa mayoría del pueblo les odia a muerte. Los sectores, los grupos que constituyeron su bloque originario, están en plena descomposición. Y núcleos potentes de los mismos, aleccionados por la terrible realidad, están con el pue-

bio, lo ayudan en su lucha contra los traidores. Franco y Falange no ignoran que 50
todo el pueblo, que la burguesía, los propietarios, buen número de jefes eclesiásticos y militares, los católicos militantes, no quieren la guerra. Por eso, mientras se preparan para la guerra total, hablan de "neutralidad", de defender la "neutralidad" de España contra "cualquier" invasor, han inventado el truco "pacifista" del "Bloque Ibérico", no regatean garantías "verbales" a sus proveedores norteamericanos, a los jefes del poderoso ejército desembarcado en África y a medias inmovilizado por el temor de ser impensadamente apuñalados por la espalda, especulan con una posible y más o menos rápida restauración monárquica. Franco y Falange, atentos a la orden de Hitler, emplean la técnica nazifascista que auguró la invasión de Noruega, de Dinamarca, Holanda, Bélgica, la técnica del Mikado en vísperas de Pearl Harbor, la técnica de los gansters que asesinan siempre a traición. Pero si esta técnica, ya demasiado conocida, puede todavía aquietar a los residuos muniquenses que maniobran en el seno de las Naciones Unidas, no nos puede engañar a nosotros. Nosotros sabemos que su "neutralidad" es beligerancia, que el "Bloque Ibérico" es un pacto belicoso nazifascista, cuyo propósito no es otro que el de coaccionar a las naciones unidas y obligarlas a una paz separada, que las maniobras de tipo monárquico no tienen otra finalidad que la de soldar a los descontentos monárquicos del régimen y enemigos de la guerra, que su sometimiento al "nuevo orden" europeo les obliga a luchar por la derrota de las Naciones Unidas, que su disfraz anticomunista, antibolchevique, no oculta la verdad terrible de que están ya, de hecho, aunque parcialmente, en guerra contra las Naciones Unidas. Nuestro pueblo sabe que Franco y Falange son la guerra, por sus actos y porque la victoria de la democracia será, se quiera o no, el aplastamiento misericorde de su régimen terrorista.

Nunca como ahora el peligro de ser arrastrados a la guerra total contra las Naciones Unidas ha sido tan grande. Nunca este peligro ha sido tan inminente.



El Partido debe atenerse, estrictamente, a esta realidad, nada debe distraerle de ella. El Partido, a la vez que denuncia al pueblo los preparativos criminales de Franco y Falange, debe desenmascarar sus maniobras adormecedoras. Un mínimo éxito del régimen franquista en este sentido, nos podría ser fatal. En primer lugar, porque dificultaría aún más la indispensable unidad orgánica combativa del pueblo. Y luego, porque un alojamiento en la lucha, una pausa basada en una falsa apreciación de los hechos, sería aprovechada por Franco y Falange para herir más peligrosamente a la vanguardia combatiente, para precipitar sus medidas de guerra total.

La lucha contra Franco y Falange, contra la guerra hitleriana, no se apoya en precedente ninguno de la política contemporánea española. Las conspiraciones de tipo clásico minaron el poder de Primo de Rivera. Unas elecciones echaron por tierra el armatoste monárquico y así nació la República. Unas elecciones liquidaron la coalición filofascista Lerroux-Gil Robles y así fué reconquistada la República. Pero el régimen fascista de Franco y Falange no puede ser comparado ni equiparado a la dictadura de Primo de Rivera ni a la Monarquía, ni a la República bastarda del "bienio negro". Contra el régimen fascista de Franco y Falange, no sirven las conspiraciones de antaño, ni las movilizaciones electorales. El problema que nos ha planteado el régimen fascista de Franco y Falange es el de una lucha a muerte, una lucha material, cuerpo a cuerpo, con las armas en la mano. Franco y Falange han asesinado y asesinan a centenares de miles de patriotas para subsistir, para llevar a su conclusión los planes

51 de guerra de Hitler. Así hemos de responder nosotros, matando sin compasión ni duda ninguna, el régimen de Franco y Falange: al régimen y a las personas que para satisfacer sus ansias de poder y de riqueza, no vacilaron en vender España a Hitler.

Comprendiendo esta característica esencial del régimen fascista de Franco y Falange, el Partido se esforzará por lograr la más amplia unidad de combate del pueblo catalán, la más fraternal unidad de combate de todos los pueblos hispánicos contra Franco y Falange, contra la guerra hitleriana. Se nos plantea en toda su amplitud y vigencia, el problema de los aliados, exactamente como se le plantea a Franco y a Falange. La pandilla que ha hecho de España un feudo de Hitler, ve con angustia el acelerado proceso de descomposición del bloque inicial y a toda costa pretenden rehacerlo. Se sienten cada día más solos, más aislados, más odiados por viejos amigos y cómplices que se llaman a engaño, por la masa popular. Ello nos señala, con claridad, la índole de nuestro trabajo: debemos acentuar hasta el límite la soledad, el aislamiento de Franco y Falange, incrementar hasta el máximo el odio del pueblo y de las capas distanciadas del régimen terrorista, debemos privar a Franco y a Falange de todos sus aliados posibles y ganarlos para la causa de España, de su independencia, de su soberanía, para la causa de Cataluña, de su vida, de su recobramiento nacional en un régimen de libertad y de democracia; para colaborar con las naciones unidas que, al defenderse, nos defienden, y cuya victoria será nuestra victoria, destrozando los planes de guerra del régimen. De esta amplia unidad nacional de combate, sólo debemos excluir a los esbirros del régimen, a los asesinos de Falange, a los traidores de toda laya, a los agentes del enemigo, trotskistas y faístas. Todo aquel que quiera luchar contra Franco y Falange, contra la guerra hitleriana, sea la que fuere la causa que lo impulsa, debe estar con nosotros hemos de quererlo a nuestro lado. Las reservas, las discriminaciones, las reacciones personales o sentimentales que nos llevarían sin quererlo, a las concepciones y tácticas del antiguo Frente Popular, debemos eliminarlas sin titubear.

Pero esta amplia unidad nacional de combate sería inoperante, amorfa, podría incluso deformar los fines de nuestra lucha, si no sabemos articularla, si el Partido confundiera unidad combativa con oportunismo. La columna vertebral de la unidad amplia, nacional, ha de ser la clase obrera, unida ella también y estrechamente aliada con los campesinos. La división de la clase obrera nos fué funesta en el pasado. La división de la clase obrera en la lucha de hoy, mellaría, en nuestras propias manos, la mejor arma de combate que tenemos contra Franco y Falange, contra la guerra hitleriana. La división de la clase obrera en las luchas del mañana, después de la victoria, pondría en peligro no solamente las propias reivindicaciones, sino también la tarea gigantesca de la reconstrucción de una España destrozada a fondo por las hordas fascistas. La clase obrera catalana tuvo una visión clara de su misión y del porvenir al crear, en los primeros días de nuestra gloriosa guerra de 3 años, su Partido Único, el Partido Socialista Unificado, elevado ya a la altísima categoría de Sección Catalana de la Internacional Comunista. Nuestro Partido ha de completar esta tarea, sustantivamente histórica, trabajando sin desmayo por forjar, sobre la marcha, la central sindical única. Una clase obrera unida y aliada con los campesinos, será el motor de la alianza nacional, la fuerza de choque indestructible que llevará por los caminos de victoria a la alianza nacional, la garantía de una reconstrucción justa del régimen democrático y de la vida en todos sus aspectos y problemas, en nuestro país.

Esta amplia unidad, debe hacerse en torno a un programa de combate. En torno a un programa actual, no futurista, no retroactivo y sentimental. Todo cuanto pueda disminuir el número y el espíritu combativo de nuestros aliados, debilitar la unidad de

los catalanes y del pueblo catalán con los demás pueblos hispánicos, ha de ser el-52
minado de nuestro programa de lucha. Tenemos ante nosotros a un enemigo impla-
cable, sin escrúpulos, que se apoya en nuestras divisiones para sacar fortaleza. Acentúa
la nota anticomunista para apartar a la burguesía y a las capas tradicionales y conser-
vadoras, oponerlas, al pueblo combatiente, para rehacer su frente, y afrontar, con menos
riesgos, la última aventura criminal del régimen: la guerra hitleriana. Exacerba los
sentimientos nacionales de catalanes, vascos y gallegos, con sus persecuciones inauditas
y exaltan el delirio imperialista de ciertas gentes desempolvando los viejos, roñosos y
falsos "testamentos" históricos, para asegurar su dominio sobre las ruinas de una guerra
civil y dividir al pueblo cuyo deber, hoy, no es otro que el de liberarse, por un es-
fuerzo común, del enemigo común: Franco y Falange; de un peligro mortal común: la
guerra hitleriana. Nosotros, comunistas, catalanes, hemos de tener el coraje de echar
por la borda todo esto, para derrotar a Franco y a Falange en este terreno de sus
groseras maniobras, condición precisa para llegar a su aplastamiento ejemplar y
definitivo.

Nuestro Partido, por consiguiente, propondrá a todas las fuerzas y elementos anti-
franquistas de Cataluña el siguiente programa de lucha:

"La Alianza Nacional de Cataluña se propone:

1.—La unidad de los catalanes, la unidad fraternal de los pueblos hispánicos para
luchar:

a).—Contra la entrada total de España en la guerra al lado de Hitler.

b).—Contra cualquier forma de intervención de España en la guerra hitleriana.

c).—Por la ruptura de todo acuerdo o pacto militar, político, económico, "cultural"
de España con la Alemania hitlerista y la Italia fascista.

Por lo tanto, la Alianza Nacional luchará para conseguir:

a).—La vuelta a España de la "División Azul".

b).—La vuelta a España de los obreros entregados a la Gestapo para obligarles a
trabajar como esclavos en las fábricas de guerra de Alemania.

c).—Acabar absolutamente con el envío de materias primas, de víveres, combusti-
bles y productos manufacturados a Alemania e Italia.

d).—La más amplia libertad para los presos y condenados por el régimen terrorista
de Franco y Falange.

e).—El regreso de los refugiados republicanos españoles, sin excepciones ni tene-
salías de ninguna clase.

f).—El restablecimiento de todos los derechos políticos, civiles, de reunión, de aso-
ciación, manifestación y prensa.

g).—La mejora de las condiciones de vida para las masas populares, en todos
los órdenes.

Para obtener estos resultados, la Alianza Nacional organizará la lucha activa con-
tra los agentes de Hitler en España, Franco y Falange, contra la guerra hitleriana:

a).—Las guerrillas en el territorio catalán.

b).—El sabotage sistemático a las industrias de guerra y a los transportes marítimos
y terrestres al servicio de Hitler.

c).—La no entrega de las cosechas a los requisadores de Falange o a las Comi-
siones militares alemanas y la destrucción de las mismas en caso necesario.

d).—El sabotage sistemático a las medidas militares de Franco y Falange

e).—La desertión de los movilizados y su utilización combativa en las guerrillas y
en los grupos de choque de pueblos y ciudades.

f).—La solidaridad de los catalanes hacia los combatientes y los familiares de los

2.—La Alianza Nacional de Cataluña exigirá a los catalanes residentes en América que se unan para ayudar, por todos los medios a su alcance, a los combatientes de la Patria.

3.—Derribado el régimen de Franco y Falange, la Alianza Nacional de Cataluña fraternalmente unida a los demás pueblos hispánicos, luchará para asegurar a todos los catalanes, a todos los españoles que no tengan las manos manchadas de sangre, el derecho a resolver en régimen de libertad y democracia el futuro de Cataluña, de España.



La formulación de un programa de unidad y su defensa ante los demás partidos y organizaciones, no puede significar un aplazamiento de la lucha activa contra Franco y Falange, contra la guerra hitleriana. Esta lucha activa no se condiciona a nada, no se pospone a nada. Mientras se discute para articular la unidad combatiente, nuestro Partido debe multiplicar sus esfuerzos para activizar la lucha en todos los terrenos, por todos los medios. Hay que fijarse bien esta idea que lo compendia todo:

"No hay que esperar más, hay que actuar".

Si esto era verdad el año pasado, es inmensamente más en este año, que ha de ser, que todos hemos de querer que sea, el año de la victoria. Actuemos con la máxima decisión, con suprema audacia. Organicemos en fábricas y talleres, los grupos combatientes de unidad obrera. Organicemos, en el transcurso de los combates, los grupos de Unidad Nacional. Organicemos en las barriadas, en los pueblos y ciudades, los grupos activos de unidad nacional. La unidad, forjada en la lucha misma, nos llevará a la unidad superior nacional, a la Alianza Nacional.

Sabemos que nuestro pueblo no ha abandonado jamás la lucha, que lucha unido. Nuestro pueblo no ha renunciado a ninguna de sus aspiraciones, como nosotros ni ningún otro Partido no renunciaremos a ninguna de las nuestras, pero ha comprendido admirablemente el carácter mortal de esta situación y que sólo en su unidad firme, en su unidad con los demás pueblos hispánicos, hallará una solución justa. Luchamos, pues, unidos ya. Pero nuestra unidad es inorgánica y, en virtud de ello, es insuficiente. Nuestro Partido debe trabajar sin descanso para corregir esta debilidad, para que este profundo espíritu unitario de nuestro pueblo se transforme en un auténtico movimiento nacional dirigido por un órgano de unidad nacional, para que su lucha sea planeada y desarrollada en toda su plenitud, para que un día no lejano pueda movilizarse en masa y aniquilar el podrido régimen terrorista de Franco y Falange y, con ello, librarse, definitivamente, del peligro mortal de ser entregados, como carne de cañón y de trabajo esclavizado, a Hitler.

En el camino de la unidad orgánica, es necesario intensificar las acciones ofensivas contra el enemigo, sistematizar la formación de las guerrillas, el sabotaje, la persecución y ajusticiamiento de traidores e invasores. Dando su mano firme a los guerrilleros de Asturias, Galicia y Andalucía, a los guerrilleros indomables de la Unión Soviética, Yugoslavia, Grecia, Noruega, Holanda, Bélgica y Francia, han aparecido los primeros grupos guerrilleros en los Pirineos Catalanes. Al saludar, con emoción profunda, a estos patriotas y a los camaradas que, fieles a los consignas del Partido, forman en sus filas, hemos de señalar que sólo estamos en los comienzos de nuestro

trabajo, que hemos de acrecentarlo hasta conseguir que las guerrillas, por su número ⁵⁴ y su audacia, dominen las montañas y los valles de nuestro país. Recordemos lo que nos dijo el Comité Central del Partido en la "Carta Abierta" de junio de 1942:

"El catalán que sale de la cárcel, del campo de concentración, del batallón de trabajos forzados y con la obligación de presentarse periódicamente a la policía, expuesto a ser de nuevo detenido y condenado a fusilado en cualquier momento y por cualquier pretexto, sometido a una vida miserable y semi-clandestina y en lugares alejados de los suyos naturales o familiares, sin trabajo y sin pan, ha de marcharse a la montaña, unirse a otros catalanes y formar un núcleo guerrillero. El soldado obligado a inscribirse "voluntario" en la "División Azul", perseguido por sus jefes, hambriento y desastrado, que siente sobre él el peligro constante de ser uno del millón prometido por Franco a Hitler, debe desertar, con armas y munición, debe ir a la montaña y convertirse en guerrillero. El obrero incluido entre aquellos que han de ser llevados a Alemania como esclavos, a engordar las reservas de carne de cañón de la "División Azul", a aumentar el número de víctimas, de los aviones aliados que bombardean las fábricas de guerra alemanas, expulsado de su país para servir una causa que no es la suya, la del nazifascismo criminal y enemigo de la humanidad, puede ser y ha de ser un guerrillero. El campesino sacado de su tierra, expoliado por los pistoleros falangistas, condenado a correr por los campos como un mendigo, sin familia y sin consuelo, odiado a muerte por el traidor del pueblo y por los perros falangistas, puede ser y ha de ser un guerrillero. La juventud sin trabajo y sin perspectiva, sin patria y sin libertad, privada de los derechos humanos que sus padres, conocieron y ejercieron, coaccionada para nutrir las filas del Frente de la Juventud, y convertirse en el enemigo de sus padres, hermanos y amigos, en el verdugo de su patria, en un instrumento de Franco y de Falange contra España y Cataluña, contra la Unión Soviética, Inglaterra y Estados Unidos, debe marcharse a la montaña para revivir en ella las heroicas tradiciones catalanas, con su fusil guerrillero".

Como las guerrillas, el sabotaje ha de tener un carácter político, una dirección política. Los obreros de la Hispano-Sulza, de la Vulcano, de la Marítima y Terrestre, de Elizalde, de Industrias Químicas, etc., producen material de guerra para Hitler; los ferroviarios transportan víveres, combustibles, materias primas y manufactura para Hitler; los portuarios descargan mercaderías compradas con engaño en América y que son para Hitler; los campesinos sudan sobre la tierra y arrancan de ella cosechas cuyos 'sobrantes' son para Hitler y los straperiistas de Falange. El sabotaje debe destruir todo esto hasta que nada, absolutamente nada útil a la máquina de guerra hitleriana salga de nuestro país. Como los guerrilleros, y los sabotadores, los francotiradores de nuestras ciudades y pueblos deben acechar, como a perros inmundos, a los desclasados catalanes que sirven a Franco y a Falange, a los pistoleros falangistas, a los invasores alemanes e italianos, y deben perseverar todos en su trabajo patriótico, hasta que nuestra querida tierra se vea libre de tanta inmundicia. La tierra catalana debe arder bajo los pies de traidores y de asesinos e invasores!

No es esta una lucha fácil. Nuestro enemigo es poderoso e implacable. Cuenta, para excederse en el terror, con los especialistas de la Gestapo. Pero, a pesar de todo,

55 hay que seguir adelante, multiplicar las acciones de combate, superar día a día las dificultades, los errores, y elevar la lucha hasta transformarla, definitivamente, en constante guerra de masas, de todo el pueblo catalán. A la ya larga lista de camaradas sacrificados por Franco y Falange, se sumarán otros nombres queridos, cuadros combatientes, amados por nosotros y por nuestro pueblo. Hay que aceptar el sacrificio, plenamente. Porque ello es necesario y porque, por grande que sea el dolor de hoy para exterminar a Franco y Falange y aniquilar sus planes de guerra total hitleriana, siempre será infinitamente menor al que deberíamos soportar si por nuestra pasividad, si guiados por un falso sentimentalismo o por una equivocada apreciación de la guerra del mundo democrático contra la bestia nazifascista, los designios del régimen terrorista que padecemos se cumplieran. Somos una parte, y no pequeña, del ejército mundial que golpea, cada vez más duramente, a los ejércitos hitlerianos. Cumplámos con nuestro deber de soldados de la libertad, a la manera soviética, como nos han enseñado los heroicos soldados rojos de Stalingrado, del Cáucaso, del Donetz, de Kursk, de Rzhev, Viazma, de Smolensk y de Leningrado: sin dar ni pedir cuartel al odiado enemigo.

En esta lucha a muerte, contra Franco y Falange, contra la guerra hitleriana, debemos tener una confianza completa en la fuerza y en la determinación del Partido, en la fuerza y voluntad combativa de nuestro pueblo. A pesar de todo, somos más fuertes que el régimen podrido de Franco y Falange. Contra él está la totalidad de los pueblos hispánicos. Contra él están poderosos núcleos de la burguesía, del ejército, de la Iglesia, de los sectores que lo sostuvieron en el curso de la guerra y en el primer período después de nuestra derrota militar momentánea. El aparato del régimen traidor se cuarteja a ojos vistos y sus profundas hendiduras son irreparables. Entremos por ellas, en ofensiva potente, ensanchémoslas constantemente y el derrumbe se producirá más pronto de lo que suponen los timoratos, los espectadores, los individuos que desde fuera intentan apuntalarlos con dólares y medidas que no engañan ya a nadie!

Franco y Falange son la guerra hitleriana. Destruyamos a Franco y a Falange para salvar a España, a Cataluña, de los horrores de la guerra total hitleriana, para que España sea de nuevo independiente y soberana, para que Cataluña, sea otra vez libre y feliz, para que los pueblos hispánicos puedan resolver, fraternalmente y en régimen de libertad y democracia, su vida futura!

Esta es, hoy, la misión histórica del Partido Socialista Unificado de Cataluña.





LA PROMESA DE "PASIONARIA"

El día 25 de marzo de 1942, en Tiflis, capital de Georgia, la camarada Dolores Ibarruri, pronunció ante el féretro de José Díaz las siguientes palabras:

"José Díaz fué un hijo fiel del pueblo español, por cuya felicidad luchó toda su vida. Todos los amigos de la libertad e independencia, lloran la muerte del firme y valeroso luchador contra los invasores italo-germanos, que anegaron a España en sangre.

José Díaz estaba con todo su pensamiento al lado del pueblo soviético, que lucha abnegadamente bajo la dirección del camarada Stalin, contra los enemigos de la humanidad, los invasores hitlerianos. José Díaz amaba entrañablemente al camarada Stalin y al pueblo soviético.

EN NOMBRE DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA QUE TU FORMASTE, TE PROMETEMOS SER FIELES HASTA EL FIN A LA CAUSA DE LA LUCHA CONTRA LA BARBARIE FASCISTA".